



Miguel Cruz

Judas Iscariote,
¿traidor o predestinado?

Relato hagiográfico

Judas Iscariote, ¿traidor o predestinado?

Un relato basado en textos
del Nuevo Testamento

por

Miguel Cruz

“Subió Jesús a la montaña a orar y pasó la noche orando a Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, escogió a doce de ellos y los nombró apóstoles, entre ellos, a Judas Iscariote” (de Lucas 6)

PRÓLOGO

Cuando me propuse escribir un relato novelado sobre Judas, ya sabía que me iba a enfrentar a dos grandes inconvenientes. Por una parte, el nombre de Judas es antipático, molesta, es incómodo, causa rechazo. Por otra, la escasa documentación que existe sobre su existencia, a pesar de ser un personaje cuya intervención en la vida de Jesús fue determinante. Sólo los cuatro evangelios canónicos recogen la traición y el suicidio de Judas, aunque sin ponerse de acuerdo en cuanto al acto central de su muerte, que se contradice con lo narrado en los Hechos. No obstante, me he tomado la licencia de conciliar las distintas versiones en una sola sin desdecir a ninguna.

La historia de Judas no deja de sorprendernos a muchos de los que estamos dentro de la promesa de salvación. Todos entendemos lo maravilloso que significa ser salvados de una condenación eterna. Sin embargo, podemos ver que Jesús, no solamente le ofreció a Judas una vida mejor, sino el privilegio de ser parte del grupo de los apóstoles para predicar la salvación a los que como él estaban perdidos.

Judas Iscariote nunca se convirtió. Nunca aceptó el regalo de la vida. Los ideales de Jesús no eran compatibles con los suyos propios. Jesús ofreció un reino que no pertenece a este mundo.

Judas traicionó a Jesús porque se decepcionó: un Dios que no se defiende de sus adversarios, ¿qué clase de Dios es? Judas nunca comprendió que su defensa era decir la verdad y proclamar la Verdad.

Judas hizo uso de su libre albedrío y cayó en la traición movido por la codicia que alentó su descreimiento, pero, tal vez, y sólo Dios lo sabe, en el último soplo de vida, la Verdad le fuera revelada y entonces reparó en el mal que había hecho, y cabe la posibilidad de que se arrepintiera en el último momento y pidiera perdón a Dios, con lo cual salvó su alma, pero también debemos pensar que Jesús eligió a Judas como ejemplo de la maldad humana en contraposición al amor que Él predicaba y que la traición de Judas sea la imagen de tantos que hoy hacemos un seguimiento mediocre de Jesús hasta el punto de que muchos aún dudan.

Satán habla por boca de Meser. En varias ocasiones, Judas duda, vacila, no está seguro de aceptar el negocio que le propone el Sanedrín, pero es Meser quien lo termina por convencer apelando a la codicia como trampa.

No podemos aventurar que en el arrepentimiento de Judas fuera implícita su petición de perdón y que le fuera concedido, puesto que, después de arrojar los dineros, una vez consumada la traición, atenta contra su vida y se suicida, aunque cabe la posibilidad, y eso sólo Dios lo sabe, si también le llegó a él el ruego que hace Jesús al Padre momentos antes de expirar:

“¡Perdónalos, porque no saben lo que hacen!”

El lector debe preguntarse si fue Judas quien realmente entregó Jesús a la cruz o si, alentando su codicia y utilizándolo para sus planes, fueron los miembros del Sanedrín, lo mismo que debe interrogarse si Judas estaba predestinado a ejecutar la traición y suicidarse, sin ninguna concesión al perdón, o si fue perdonado cuando se arrepintió de su doble crimen: la traición y el suicidio.

Toda la sabiduría del ser humano se resume en conocer a Dios y en conocerse a sí mismo.

M. C.

Roma extendía su poderío por el mundo a fuerza de conquistar nuevos territorios y sometiendo pueblos. Para mantener la supremacía del imperio y demostrar su absoluta autoridad, tanto a los sometidos como al voluble y vacilante pueblo romano, siempre dispuesto a seguir al primer embaucador que prometiera otorgar lo que era imposible conceder una vez logrado el poder, Roma requería una permanente demostración de su indiscutible poderío con la aplicación de su *iustitia romana* en los asentamientos tras la ocupación y la exhibición en la metrópoli de los esclavos obtenidos y las riquezas expoliadas a los nuevos territorios sometidos.

Los territorios conquistados y ocupados pasaron a llamarse provincias de Roma. Las largas y onerosas guerras por dominar Sicilia, la Britania, la Galia, la Germania, la Hispania, el Norte de África, Siria, Egipto y el Oriente, además de mantener el orden interno, fueron creando de forma progresiva un enorme ejército que había que mantener y que estaba compuesto por mercenarios que hacían de la milicia una profesión, lo que propició que el poder pasara, lentamente, de la aristocracia a manos de la creciente clase media y de los militares, encargados de defender las fronteras del imperio y que competían entre sí por adquirir cada vez mayor poder en Roma.

Grano y ganado constituían la supervivencia del pueblo de Roma y era lo primero que se expoliaba a los poblados conquistados. El ganado marchaba por su propio pie, lo mismo que los esclavos en que se habían convertido los sometidos, hasta el puerto más cercano, donde eran embarcados hasta Ostia, mientras que el cereal llegaba al lugar de embarque transportado en enormes ánforas depositadas en carretas tiradas por fuertes animales de tiro. A la tropa se le dejaba el botín habitual de la guerra: ajuares domésticos y el derecho a la violación de mujeres.

Los esclavos eran subastados en el mercado. Los hombres corpulentos y musculosos, tenían como destino ser carne de entreno para los luchadores del circo y, si sobrevivían, convertirse ellos mismos en gladiadores. Las mujeres jóvenes y hermosas, eran compradas como concubinas por los pudientes y para que se ocuparan de ciertas labores de servidumbre cercana al amo. El resto, para abastecer las prósperas casas de lenocinio.

Si en el territorio conquistado había riquezas naturales de gran valor bajo tierra, se utilizaban para el trabajo de extracción a los esclavizados, que trabajaban de sol a sol y con escasa ración de comida. Uno de esos casos

se dio en Hispania con el mercurio, la plata, el oro y, en otro orden, el aceite de oliva, el vino y el pescado en salazón, entre otros alimentos.

Las legiones romanas utilizaban a los sometidos como mano de obra para convertir los bosques en embarcaciones, en material para la construcción de viviendas y para calentar los hogares.

Roma se hacía servir de los pueblos dominados para asentar su poder y, para asegurarse una coexistencia pacífica, concedía, a cambio, algunos privilegios, pero siempre bajo la estrecha vigilancia de las invencibles legiones del César. La desconfianza de Roma hacia la supuesta lealtad de los pueblos sometidos era más que motivo para extremar la cautela y limitar los derechos que les eran propios hasta entonces.

No obstante, había ciertos territorios ligados a Roma por tratados de amistad que gozaban de una relativa autonomía interna, como era el caso del reino de Herodes el Grande y de sus herederos. Egipto, por su parte, tenía un tratamiento especial, pues era considerado como propiedad personal del emperador. Los otros territorios conquistados con las armas, eran bienes del pueblo romano y por eso sus habitantes tenían que pagar tributo.

Desde Egipto y Siria, conquistar el resto de los territorios orientales bañados por el *Mare Nostrum* y asentarse en ellos, no supuso un gran costo. Fue el caso de Palestina, convertida en provincia romana, donde convivían los herederos de las tribus que Moisés liberó del poder faraónico y que recibieron de Jehová la tierra prometida.

El Sanedrín, la Corte Suprema de la ley judía, cuya misión, desde la época de Moisés, era la de administrar justicia interpretando y aplicando la *Torah*, tanto oral como escrita, también ostentaba la representación del pueblo judío ante la nueva e impuesta autoridad romana. El Sanedrín, aunque podía entender de las causas que le eran propias, no podía condenar a nadie a muerte ya que, la *potestas gladii*, la capacidad de dictar una sentencia de muerte, estaba reservada al *praefectus*, gobernador romano, que tenía amplios poderes recibidos directamente del emperador.

En la época del gobernador Poncio Pilato, las relaciones del Sanedrín con la administración romana eran fluidas, y el *praefectus* consistió el ejercicio de sus funciones judiciales en procesos civiles y penales, pero lo hizo siempre dentro del relativo ámbito de autonomía que Roma le dejó, en consonancia con la política imperial en los territorios conquistados.

El Sanedrín lo dirigía un sumo sacerdote y estaba compuesto, además, por 70 hombres prominentes del pueblo hebreo. En tiempos de la dominación romana, el Sanedrín lo componían tres grupos:

La aristocracia sacerdotal: los saduceos,

La aristocracia laica,

Y el pueblo instruido: los escribas del grupo de los fariseos.

La aristocracia sacerdotal, apoyada por la nobleza laica, estaba al frente del tribunal.

Los saduceos eran conservadores, mientras que los fariseos eran liberales y, en su gran mayoría, plebeyos con mucha influencia sobre el pueblo.

Normalmente, los saduceos se plegaban a las exigencias de los fariseos, aunque había disensiones entre ellos, rivalidad de las que no pocos sacaron partido de las diferencias doctrinales entre las dos facciones. Pablo aprovechó este antagonismo para defenderse ante el Sanedrín cuando lo acusaron de blasfemo y de profanador del templo por ser seguidor de Jesús. Pablo clamó a la asamblea, sabiendo que una parte eran saduceos y otra fariseos, diciéndoles:

“Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo: de la esperanza y de la resurrección de los muertos, soy yo juzgado”.

Lo que provocó la división de las partes, porque los saduceos afirman que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu y, en cambio, los fariseos confiesan lo contrario. Entonces se levantó un gran clamor entre los de la asamblea y los escribas se pusieron de parte de los fariseos, diciendo:

“No hallamos ningún mal en este hombre, que si espíritu le ha hablado, o ángel, no resistamos a Dios”.

Los escribas eran los copistas o amanuenses y gozaban de gran respeto y consideración por ser personajes fundamentales en la sociedad, ya que eran cultos, expertos en escritura y conocían los secretos del cálculo, siendo los únicos capaces de evaluar los impuestos, asegurar los trabajos de construcción y transcribir las órdenes. Para los hebreos, eran los copistas de las Sagradas Escrituras y, posteriormente, incluso doctores e intérpretes de la Ley.

Los fariseos, de *parash* que significa "separar", eran una comunidad judía que existió hasta el segundo siglo de la presente era, y se definieron como partido durante la revuelta de los macabeos contra los invasores sirios.

Frente a los fariseos y saduceos estaban los zelotes, miembros de un movimiento político nacionalista en el Israel del siglo I fundado por Judas el Galileo poco después de nacer Jesús. El nombre en hebreo significa "celar" y se refiere al celo por Jehová guardado por sus miembros.

Los zelotes fueron la facción más violenta del judaísmo de su época, enfrentándose frecuentemente a otras facciones, como los fariseos o saduceos, a quienes acusaban de tener "celo por el dinero". El vocablo *zelote* ha pasado a ser sinónimo en varios idiomas de intransigencia o radicalismo militante.

Los zelotes asesinaban a los civiles que, a su entender, colaboraban con el gobierno romano, para disuadir a otros de hacer lo mismo.

Dentro del movimiento zelota, una facción radicalizada conocida como los sicarios, se distinguió por su particular virulencia y sectarismo.

Su objetivo era una Palestina independiente del Imperio romano por medio de la lucha armada, tal y como sucedió en la Gran Revuelta, durante la cual controlaron Jerusalén hasta que la ciudad fue tomada por los romanos, que destruyeron el Templo, y, tres años más tarde, ocuparon la fortaleza de Remesada, el último refugio zelote, tras el suicidio de sus defensores.

Uno de los discípulos de Jesús, elegido como apóstol, probablemente provenía de este movimiento, pues es designado inequívocamente como Simón el Zelote y se ha especulado que Judas Iscariote era "Judas el sicario" y se le reconoce como hijo de Simón el cananeo o el Canaíta. El nombre de Iscariote sería nada más un apelativo derivado de *ishi-karioth*, hombre de la sica, el temible puñal curvo de los sicarios.

Así, pues, a la llegada del gobernador Pilato, Palestina se encontraba en una soterrada guerra entre facciones religiosas del mismo signo, pero de distinta rama, a la que se vino a añadir la irrupción de un nuevo profeta a quien llamaban Mesías, tomando conciencia de que, si quería un territorio pacífico, tenía que pacificarlo y, para ello, debía decidir por uno de los dos caminos que la situación le obligaba: o la fuerza o el diálogo. Resolvió por tomar el camino de en medio.

Sabiendo que el ejercicio de la justicia según la ley judía, reconocida como ley de estado para todos los judíos sometidos al Imperio romano, le correspondía al Sanedrín, Pilato dejó en sus manos vigilar la observancia

de la ley mosaica y las competencias sobre la doctrina religiosa, como las de establecer el calendario de fiestas y regular la vida devota del pueblo.

Como gobierno político, Pilato consintió que el Sanedrín siguiera elaborando y aprobando leyes, verificar el cumplimiento del marco legal y juzgar los delitos. Estos poderes, sin embargo, estaban limitados por la autoridad romana. Así, por ejemplo, si el Sanedrín condenaba a muerte a una persona, no podía aplicarse la sentencia sin la autorización del gobernador.

Pero lo que no estaba dispuesto a tolerar el gobernador eran los frecuentes altercados que causaban entre sí los judíos de distinto signo, cuya violencia podría concentrarse contra sus legionarios y acarrear atentados, ni tampoco las multitudes que seguían al Mesías, gente pacífica pero de la que recelaba porque temía que fueran embaucadas por los alborotadores y propiciar una revuelta.

Orden, disciplina, vigilancia y tolerancia de corruptelas eran la garantía para que la población, al menos en apariencia, se mantuviera tranquila, y éste era uno de los motivos por los que el gobernador mantenía buenas relaciones con el Sanedrín, aunque, en el fondo, no soportara a los judíos ni sus creencias monoteístas.

El Sanedrín, con excepción de los sábados y los días sagrados, se congregaba todos los días en su sala de reuniones. Las sesiones se extendían desde la hora del sacrificio matinal hasta la ofrenda de la tarde, así que sólo se celebraban juicios durante el día. Además, como las sentencias de muerte no se dictaban el mismo día del juicio, sino el siguiente, estos casos no se juzgaban la víspera de un sábado, ni de una fiesta. También se advertía seriamente a los testigos sobre la gravedad de derramar sangre inocente.

De acuerdo con el Talmud, los juicios que implicaban la pena de muerte, no se celebraban de forma apresurada, pues los jueces hacían todo lo posible por salvar al acusado.

Sin embargo, la reunión de los miembros del Sanedrín durante la noche de la celebración de la Pascua para interrogar a Jesús, no fue una simple investigación, sino una excusa para perfilar las acusaciones que merecían la pena capital y presentarlas, a la mañana siguiente, en contra de Jesús en el proceso ante el prefecto romano.

Nicodemo, miembro del Sanedrín y, por tanto, gobernante de los judíos, lo defendió ante la asamblea con el argumento:

“Nuestra ley no juzga a un hombre a menos que primero haya oído de parte de él y llegado a saber lo que hace, ¿verdad?”

José de Arimatea, que también formaba parte del Sanedrín, sí esperaba el reino de Dios, aunque, por temor a los judíos, no se identificaba como discípulo de Jesús. Con todo, hay que decir en su favor que no apoyó con su voto el complot del Sanedrín para matar a Jesús y que tuvo el valor de pedir a Pilato su cuerpo para enterrarlo en una tumba nueva de su propiedad.

Otro miembro del Sanedrín, llamado Gamaniel, aconsejó con sensatez a sus compañeros que dejaran de hostigar a los discípulos de Jesús.

“De otro modo - dijo -, tal vez se os halle a vosotros luchadores contra Dios.”

Entre los escribas y fariseos, zelotes, saduceos y el resto de las sectas hebraicas, se conocían bien y había entendimiento entre ellos, aunque no convivencia. Jesús de Nazaret había irrumpido como un torbellino que no dejaba las cosas en su sitio a su paso y, a pesar de que sus palabras eran de bondad y concordia, se había convertido en un perturbador, no sólo para los propios hebreos que mantenían un “statu quo” de mutua y recíproca coexistencia tolerando sus diferencias, sino que su presencia era una amenaza para la paz que mantenía Jerusalén con Roma.

El Sanedrín era la institución que defendía con ahínco el mantenimiento de la sutil alianza con el gobernador. Por lo tanto, había que eliminar a Jesús, erradicar sus enseñanzas y decepcionar a sus seguidores para que todo volviera a la normalidad, pero su aniquilación creaba un grave conflicto, pues lo seguían muchos incondicionales y era previsible que, al verlo en peligro, se volcaran en su defensa como un solo hombre, lo que crearía un gran tumulto que no iba a consentir Pilato, quien, creyendo que se tratase de una reyerta entre hebreos, pondría fin a la algarada con su violencia habitual, ocasionando muertos, heridos y prisioneros innecesarios y, lo más probable y no deseable, Jesús, a salvo.

Pero el Sanedrín, como corporación de las distintas facciones hebraicas y vigilante de la observancia de la Ley de Moisés, no podía actuar contra Jesús, a menos que fuera denunciado por alguien y que lo señalara como blasfemo.

Se había encontrado la forma, pero faltaba averiguar quién se atrevería a llevar a cabo la denuncia.

Uno de los integrantes del Sanedrín, sin encomendarse al sumo sacerdote ni a ningún otro miembro de la institución, se sintió llamado a servir a la causa y se propuso averiguar si entre los discípulos de Jesús habría algún descontento que pudiera avenirse a denunciarlo. Se despojó de las vestimentas institucionales y se cubrió como uno más de los muchos que acompañaban a Jesús para celebrar la Pascua en Jerusalén. Meser era su nombre, de la secta de los zelotes. Como la gente llegaba hambrienta y con sed, Meser supuso que, más pronto que tarde, irían a la taberna que se encontraba a la entrada de la ciudad.

Meser se dirigió a la cantina y se acomodó en un discreto rincón donde podía observar sin dificultad a todo aquel que entrara y saliera, pasando casi inadvertido, ya que se había embozado con los bajos de su manto. Así pasó un buen rato, bebiendo un vino agrio y oscuro, mezclado con agua y miel, mientras su mente tramaba cómo abordar al fortuito seguidor de Jesús que entrara en la taberna a saciar la sed y comprobar si era un desengañado y, por lo tanto, merecedor de confiarle sus planes.

Por las aclamaciones y los gritos de júbilo que escuchó, Meser supuso que Jesús pasaba en ese momento por delante de la taberna, pero desde su acomodo no pudo ver nada. Los parroquianos ocuparon la puerta, ventanucos y todos los huecos del local. Un escalofrío sacudió su cuerpo cuando oyó el saludo de alegría desbordada con que recibían a Jesús, gritando *¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!*

Entonces, su curiosidad se vio impulsada por una fuerza irresistible. Se alzó de su escabel y se lo llevó hacia la puerta, encaramándose sobre él por detrás de los que ya ocupaban el hueco. Su intento llegó tarde y sólo acertó a ver la espalda de Jesús a lomos de una borrica y el gentío aclamando y echándole ramas de olivo como si fuera una alfombra. Toda la ciudad estaba alborozada, aunque había muchos que no entendían el gran alboroto.

Meser oyó que, entre la gente, uno decía a otro:

- Viene a lomos de la borrica que mandó buscar a dos de los suyos.
- ¿Qué dices? – le interpeló el otro.

- He oído decir que, viniendo hacia Jerusalén, Jesús mandó a dos de sus discípulos a una aldea cercana, diciéndoles:

“Hallaréis una borrica atada y un pollino con ella: desatadla y traédmelos. Si alguno os dijere algo, contestadle que el señor los ha menester.”

- Y, ¿ésa es la borrica? – volvió a preguntar.
- ¡Claro! Los encontraron y todo sucedió como Jesús había dicho. Le llevaron la borrica y el pollino; pusieron sobre sus lomos los mantos y Él se subió a lomos de la borrica, la que acabamos de ver.

Contrariado por su propia indecisión, pues le hubiera gustado ver el rostro del que era tan bien recibido, volvió a su rincón y, tras un nuevo sorbo de aquel brebaje, por su mente empezaron a desfilar imágenes de lo que podría haber sucedido si, en el momento de su entrada a la ciudad, Jesús hubiera sido apresado. Imaginó que la gente se agolpaba en su derredor haciendo un muro humano protector y cómo defendían con su vida la del que llamaban Maestro, soportando estoicos los trallazos de los látigos y las estocadas de las espadas, encharcando de sangre la calzada sin protesta, sin gemidos, con la paz reflejada en su semblante. Vio en aquella gente una entrega sin condiciones, un martirio inútil, una escena que no entendía, que no comprendía y que achacó a una pasajera alucinación provocada por la pésima calidad de la extraña libación.

- ¡Mesonero! ¡Mesonero! – repitió con impaciente exigencia - ¡Más vino, pero no como éste, granuja!
- No te permito que me llames granuja ni tengo por qué soportar tus insultos, desconocido – respondió el tabernero, visiblemente enojado por el ofensa. Además, no tengo otro vino y, si no te gusta, paga el que te has bebido y márchate, que no me han de faltar quienes lo reclamen con más agrado y más entusiasmo que tú – añadió enfurecido.

Meser miró con fijeza al cantinero y cuando iba a recriminarle sus bajos modales a los que no estaba acostumbrado, recapacitó y estimó una imprudencia enfrentarse con él. Podría reconocerlo y poner en un aprieto al Sanedrín. Además, indisponerse en vano con un simple tabernero, podría acarrearle perder la oportunidad que él mismo había fraguado.

- Perdona mis palabras, buen hombre – se corrigió Meser -. Me ha alterado el ruido de tanta gente, no estoy acostumbrado y he perdido la paciencia. Tráeme otra jícara con vino.
- Te advierto que será del mismo vino, ¿eh? – indicó el tabernero sacudiendo en el aire su dedo índice como una admonición.

Meser no hizo caso del merecido reproche y, para aquietar la situación creada, señalando la puerta, preguntó con displicencia:

- ¿Qué era ese gentío?
- ¿Cómo? ¿Acaso eres extranjero y vienes de tan lejos y no sabes quién ha llegado para celebrar la Pascua? – respondió perplejo el cantinero.
- Algo he oído, pero dímelo tú, si lo sabes – mintió Meser.

Del rostro del mesonero desapareció el enojo al sentirse protagonista ante un desconocido. Antes de empezar a hablar, deslizó su mirada por todo lo que el forastero dejaba ver y, a pesar de su apariencia descuidada, dedujo que debía ser un extranjero pudiente. Contó con todo lujo de detalles quién era el personaje que había venido y el porqué del cálido recibimiento que la ciudad le estaba prodigando.

Meser, con fingida ignorancia, dejaba asomar a su cara un simulado asombro a medida que el tabernero hablaba, provocando en el narrador un brioso entusiasmo que atrajo la atención de los demás parroquianos y dando la apariencia de ser uno de los personajes de su propio relato.

Cuando el cantinero hubo terminado, echó una mirada de satisfacción en su derredor y se sintió orgulloso de su plática. Meser seguía aparentando sorpresa y expresó al tabernero su agradecimiento por la información y le manifestó deseo de conocer a alguno de los discípulos de Jesús.

- ¿No suele venir por tu establecimiento alguno de ellos? – inquirió Meser con pérfido interés.

Al escuchar la pregunta, el tabernero estimó que su relato había sido tan encendido que había estimulado los deseos del desconocido por saber más de Jesús y consideró que su historia tendría un final feliz si pudiera cumplirse su anhelo.

- Por aquí suele venir el tesorero de Jesús – vino a decir henchido de suficiencia - , el que se encarga de repartir el dinero entre los pobres, aunque alguna moneda se queda en su bolsa para satisfacer la sed, tú me entiendes. Judas es su nombre.
- ¿Judas has dicho? – inquirió Meser sorprendido.
- Sí, Judas – repitió el tabernero.
- ¿Judas Iscariote? – insistió Meser.
- Sí, Judas Iscariote – repitió el tabernero manifiestamente molesto -. ¿Es que lo conoces?
- No, no lo conozco en persona: sólo de oídas – mintió.

Los zelotes formaban parte de una belicosa secta que mantenía oculta la identidad de sus miembros por razones de seguridad y se llamaban entre sí por apodos. Se consideraban patriotas y tenían declarada una guerra sorda contra los romanos que se traducían en emboscadas y trampas mortales a las patrullas, asaltos a las caravanas de avituallamiento, robos a los puentes, revueltas y todo tipo de atentados.

Solían reunirse en secreto en días previamente acordados para dirimir qué acciones tomar contra los romanos y los judíos que colaboraban con ellos, y convenir en qué lugar se reunirían la próxima vez, nunca en el mismo sitio ni por espacios de tiempo iguales.

Después de una serie de atentados sin poder capturar a los insurgentes, el gobernador prohibió a la población el uso de armas, incluso de las cortas, normalmente usadas para defensa propia contra asaltantes de caminos y ladrones. Las sospechas de los ataques a los soldados y colaboracionistas recaían sobre los zelotes por su bien conocida agresividad, pero, a pesar de las constantes batidas, los romanos no conseguían apresar a ninguno en asamblea.

Poncio había ofrecido una suma importante para los delatores, pero tampoco dio resultado. Si un judío se alzaba en delator y era descubierto, toda la familia pagaba por él con la vida. La solidaridad entre todos los judíos era fruto de la política represora romana y, aunque los zelotes no eran gente con méritos para ser acogidos y protegidos por los demás, nadie olvidaba cómo ajustaban cuentas con los confidentes.

“Si Jesús fuera zelote...” – se dijo para sí Meser.

- Y, ¿cuándo suele venir? – preguntó al fin.
- Debe estar al llegar – respondió el cantinero, echando una ojeada a la luz del día que se colaba por la puerta.

Meser se pasó la mano por las mandíbulas y las yemas de sus dedos dibujaron el perfil de su barbilla. Una sardónica sonrisa asomó a sus labios y sus ojos adquirieron un brillo sombrío. Pidió más vino y aguardó.

El recinto era angosto y se alumbraba con la claridad del día. La cantina permanecía abierta mientras hubiera sol y se cerraba cuando los guardias atrancaban las puertas de la ciudad y todos los comerciantes debían hacer lo mismo. Una patrulla deambulaba para asegurarse de que todas las puertas tanto de viviendas como de establecimientos, estaban cerradas. Individuos por la calle eran sospechosos, detenidos, interrogados y torturados como escarmiento. Los reincidentes, eran degollados.

Los parroquianos hacía rato que habían abandonado la cantina y Meser, contrariado por lo que consideraba inútil espera, también se disponía a marcharse cuando entró un hombre con una talega colgando de su cuello y cruzada en el pecho. Meser dirigió una mirada interrogante al tabernero quien se la devolvió asintiendo con la cabeza.

El recién llegado era de buena estatura, corpulento. Su tez tostada y curtida y unas manos callosas delataban su condición de pescador, exhibiendo una cabeza grande con una espesa melena bruna y crespa, lo mismo que la barba con la que cubría su rostro y del que se destacaban unos ojillos de ratón que le conferían una mirada huidiza y desconfiada. Los rasgos del recién llegado eran familiares para Meser.

Mientras el tabernero servía al nuevo parroquiano una buena ración del único brebaje existente en aquella cantina, Meser lo observó con detenimiento en la distancia. Cuando se hubo despachado un buen trago y limpiada la barba que rodeaba su boca con el dorso de la mano, Meser le hizo una seña y lo invitó a que se sentara con él. El hombre miró a su alrededor no dándose por aludido, pero Meser insistió y el recién llegado se señaló a sí mismo para salir de la duda y, al ver que Meser asentía con un movimiento de cabeza, se acercó, aunque con cierta reserva.

- ¿Acaso me conoces, forastero? – inquirió el invitado.
- Tú eres Judas Iscariote - respondió Meser con la seguridad que le confería su velado cargo para ganarse su confianza.
- Veo que sí me conoces, forastero, o, al menos, conoces mi nombre, pero dime, ¿con quién hablo que esconde el rostro? – dijo Judas -. ¿Acaso tienes cuentas pendientes con la justicia y es por eso por lo que ocultas tu cara? – insistió Judas.

- No soy forastero ni ningún perseguido y si me oculto con mi vestido es porque quiero hablar contigo en lugar discreto de algo muy importante que nadie más que tú debe saber – alegó Meser, pero, viendo que la desconfianza de Judas aumentaba, decidió darse a conocer con discreción echándose hacia atrás la visera de la capucha que había formado con uno de los pliegues de su manto.
- ¿Tú, Meser? – exclamó sorprendido Judas - ¿Qué quieres de mí?
- Ya te lo he dicho: hablar de algo muy importante – confesó volviendo a cubrirse el rostro.
- Muy importante debe ser el asunto cuando el Sanedrín te manda a hablar conmigo.

Con gran energía y una mirada capaz de fundir el metal, Meser se llevó el índice a la boca exigiendo silencio.

- ¡No nombres el Sanedrín en este lugar! – requirió furioso.
- ¿A qué tan ofendido? ¿Acaso no eres tú uno de sus miembros? – refunfuñó Judas, molesto por el regaño -. ¿Por qué he de callar si vienes en mi busca? – objetó incómodo -. Además, nos conocemos de nuestras reuniones. Tú eres *Obed* y yo soy *Sícar*, ¿no recuerdas? – replicó, lanzando una irónica y sonora carcajada.
- ¡Calla, Judas, y no sigas cometiendo más indiscreciones! ¿No te das cuenta de que puedes ponernos a todos en peligro si alguien te oyera? – amonestó Meser con voz queda, pero agria, y lanzando el correctivo entre dientes.

Fulminado por la mirada de Meser, Judas recibió la aclaración que esperaba.

- Vengo en nombre propio y el Sanedrín no sabe que estoy aquí ni que estoy hablando contigo – confesó Meser.
- Si nada tiene que ver el Sanedrín en el asunto que te trae a mí, entonces, ¿por qué ocultas tu rostro?

Meser vio que era dificultoso doblegar la desconfianza de Judas.

- ¿Se trata de algo personal y sucio, Meser? – dijo Judas con frialdad.

Por toda respuesta, Meser se alzó, tomó a Judas por un brazo y, soltando unas monedas al cantinero en pago de lo bebido, salieron a la calle.

- Dime, Judas: ¿dónde podemos hablar que nadie nos oiga?
- Aquí, en la cantina – señaló la puerta -. El dueño es amigo mío y muy prudente. Nos conocemos muy bien y nada hay que temer. Volvamos.

Meser clavó su mirada en la de Judas buscando un atisbo de sinceridad que le hiciera tener confianza, pero en su fuero interno sabía que era un intento inútil. Si había recurrido a Judas para lo que tramaba en secreto el Sanedrín, era, precisamente, por la frialdad que le acreditaba.

Sin estar del todo convencido, Meser aceptó entrar de nuevo en la cantina.

- ¡Carmiel! - gritó Judas -.Tenemos que tratar un negocio de la máxima reserva y no queremos que nos moleste nadie – requirió con vehemencia al cantinero - . ¿Dónde podemos hablar?
- No te preocupes, Judas, que nadie os molestará aquí – respondió Carmiel, al tiempo que abría una portilla al fondo de la cantina que daba a un huerto. En cuanto Meser y Judas penetraron en el cercado, Carmiel se apresuró a asegurar la puerta a su salida. Allí quedaron solos Meser y Judas, bajo el techo de un cielo azul sin mácula y sin más testigos que una frondosa higuera y la tierra tapizada del renovado verdor que había traído la nueva estación. Un pozo en el centro, con garrucha y cántaro sobre el brocal, y un poyete debajo del cobertizo donde Carmiel había horadado en la tierra la bodega, era lo único hecho por mano de hombre.

Se sentaron en el poyete, uno al lado del otro, y Meser, superando su recelo, descubrió su rostro. Habló sin preámbulos.

- ¿Te llevas bien con ese que se llama a sí mismo Rey de los judíos?
- ¿Rey de los judíos? – repitió sarcástico Judas.
- Sí, al que todos vosotros llamáis Maestro – insistió Meser.
- ¿Desde cuándo se ha visto un rey sin ejército? – ironizó Judas.

Meser mostró una sonrisa de satisfacción: era la respuesta que buscaba para asegurarse de que Judas podía ser la persona indicada para llevar a cabo el plan.

- No lo sé, Judas. Tú eres uno de sus discípulos, ¿no?
- Sí, soy uno de los que Jesús eligió para seguirlo y propagar sus enseñanzas, y me dejé convencer por sus palabras, que son hermosas y llenas de bondad, pero no es el rey que yo esperaba.
- ¿Qué esperabas, Judas? – se regodeó Meser en su nueva pregunta aguardando, anhelante, una esperada respuesta.
- ¿Qué esperaba, dices, Meser?

Judas parecía que había recibido una puñalada y se revolvió como una loba en defensa de sus cachorros.

- Nuestro pueblo está sometido por los romanos. No tenemos libertad; Roma nos sangra con sus impuestos; no podemos viajar donde queramos sin salvoconducto del prefecto; no se nos está permitido expresar lo que pensamos ni decir lo contrario de lo que nos manda Pilato que digamos y pensemos. Somos un pueblo que espera la liberación desde que Moisés sacó a nuestros padres de Egipto, después de cuatrocientos treinta años de esclavitud...
- Y cuarenta años de travesía por el desierto – interrumpió Meser.
- Sí, cuarenta años de peregrinaje por tierras inhóspitas en las que no había nada para alimentarse y...
- Pero Jehová nunca dejó de orientar y proteger a los nuestros. Les ayudó a cruzar el mar Bermejo; los libró de sus perseguidores egipcios cuando el faraón se arrepintió de darles la libertad; les dio de beber cuando creían morir de sed; los libró de morir de hambre cuando ya no tenían esperanzas – volvió a interrumpir Meser, conocedor de los hechos.
- Todo eso es cierto, pero te olvidas de que el pueblo liberado clamaba a Moisés por qué los había sacado de Egipto. Allí comían, tenían un techo y, sin embargo, durante los cuarenta años por el desierto tuvieron que enfrentarse a penalidades impensables.

- Pero Jehová nunca los abandonó – insistió Meser.
- ¿Qué me quieres decir con tu insistencia? – refunfuñó Judas, harto de que Meser refutara sus palabras.
- Jehová fue paciente con la veleidad y desconfianza de los israelitas que, ausente Moisés mientras recibía mandatos de Dios en el Sinaí, se rebelaron y construyeron dioses a los que adorar, como hacían los egipcios, creyendo que los ídolos los sacarían de la situación en que se encontraban en el desierto – apuntó Meser con convicción.
- Sí, pero no me puedes negar que el pueblo estaba harto de tantas penalidades e infortunios y, en situación tan desesperada después de haber dejado atrás el sometimiento al faraón, ¿cómo no es posible perder la confianza, protestar, rebelarse? No conocían otro modo de vida que la esclavitud y estaban acostumbrados de generación en generación a obedecer a sus amos sin rechistar - defendió Judas, intentando justificarse a sí mismo.
- Precisamente porque no pudieron protestar durante cuatrocientos treinta años, cuando se vieron libres y su lengua quedó suelta, dirigieron sus enojos al menos indicado, al que los protegía y guiaba: a Jehová – apostilló Meser.
- Eran seres humanos, con familias y ganado que alimentar – se excusó Judas.
- ¿Acaso crees que lo ignoraba Jehová? No, Judas, no: todo lo contrario. Llegó un momento en que se iban a cumplir los cuarenta años exactos de peregrinaje por el desierto y Jehová mandó a Moisés que subiera del valle de Moab al monte de Nebo, enfrente de Jericó, y desde allí le hizo contemplar la hermosa llanura plena de maravillosos campos fértiles y toda la tierra que sus ojos podían abarcar, hasta el mar. Y estando en la contemplación, Jehová le dijo:

“Esta es la tierra que juré dar a la simiente de Abraham, de Isaac y de Jacob. Te la he hecho ver con tus ojos, Moisés, pero no morarás en ella.”
- ¿Por qué, Meser? – protestó Judas -. ¿Por qué Jehová elige a Moisés como el libertador del pueblo hebreo y no le permite entrar en la tierra prometida? ¿Qué mal hizo Moisés para recibir tal castigo?

Se hizo un incómodo silencio que, al cabo, rompió el propio Judas.

- ¡No entiendo a Jehová!
- Moisés, sí lo entendió – dijo con seguridad Meser.
- ¿Qué dices, Meser? – rezongó Judas incrédulo.
- Moisés murió y Jehová lo enterró en el valle, en tierra de Moab, y nadie sabe dónde está su sepulcro. Tenía ciento veinte años y los hijos de Israel lloraron por los campos su muerte durante treinta días.
- Te estás desviando, Meser. Me has dicho que Moisés sí comprendió a Jehová, ¿me lo quieres explicar? – reclamó Judas con ademanes de impaciencia.

Meser miró a Judas y vio que tenía dibujada en el rostro una mueca de contrariedad horrible que lo desfiguraba. Le puso las manos sobre los hombros y le pidió que se calmara.

- Sintiéndose viejo, aunque nunca sus ojos se oscurecieron ni perdió su vigor, Moisés, obedeciendo a Jehová, había honrado a Josué, hijo de Nun, y lo llenó de sabiduría, y los hijos de Israel lo obedecieron, porque era voluntad de Jehová que nunca más hubiera otro profeta en Israel como Moisés, el único que le había hablado cara a cara.
- ¿Qué quieres decirme, Meser?
- Que Moisés cumplió el tiempo designado por Jehová y lo comprendió, dando el relevo a un nuevo guía, a Josué, ¿entiendes?
- Así fue, pero las viejas generaciones que salieron de Egipto con Moisés, no recibieron la tierra prometida, ¿no es una falta a su promesa?
- No, Judas, no lo es. Jehová los castigó por descreídos e idólatras. Sin embargo, a Josué le dijo que la tierra sería para las nuevas generaciones que habían nacido a lo largo de los cuarenta años de travesía, pero que, antes, tenían que ser circuncidados. Le mandó que afilara cuchillos y que procediera a la purificación de los varones, tirando el pellejo sobrante a un lugar que se llamó el *Monte de los Prepucios*.

Hecho esto y pasados siete días, cuando se produjo la curación de los circuncisos, Jehová mandó a Josué que se dirigiera a Jericó y

que no temiera porque las aguas del Jordán se abrirían para pasarlo en seco, como hizo con el mar Bermejo.

Y sucedió como Jehová había dicho, pero Josué encontró la ciudad de Jericó fuertemente amurallada y muy bien defendida y, una vez más, Jehová estaba a su lado y mandó que los sacerdotes tocaran los cuernos de carnero dando siete vueltas a las murallas y los muros se desplomaron, tomando posesión Josué de la ciudad.

- No sé por qué me cuentas lo que ya sé, Meser, ¿qué pretendes?
- Convencerte de que Jehová cumplió siempre con su palabra a los que confiaron en Él.
- Parece que olvidas que aún seguimos siendo un pueblo sometido, ahora, a Roma, y que así pasa tiempo tras tiempo, sin ver ninguna señal de libertad, mientras los profetas no se cansan de anunciar la llegada del que nos libraré de la muerte y nos abrirá las puertas del Reino de Dios, el último de ellos, Juan, que precedió a Jesús de Nazaret y anunció la venida del Mesías, el Hijo de Dios, que liberará a los oprimidos, que saciará a los que tienen hambre, que consolará a los que lloran, que dará el Reino de los cielos a los perseguidos por la justicia... ¡El Salvador del mundo!

Judas masculló sus palabras rumiándolas, las mismas que había oído a Juan y al propio Jesús, y añadió:

- Sí, palabras, hermosas y alentadoras palabras, pero sólo palabras, cuando lo que todos esperábamos era que, al darse a conocer, nos mostrara su ejército liberador, sus huestes triunfadoras, y ¿qué es lo que nos trae? – se preguntó desanimado – ¡Palabras! – se respondió sarcástico -. Hablaba de que con Él se terminaría el dominio y el sometimiento de unos contra otros y que restituiría la libertad con la que el ser humano fue creado. También dijo que el Templo sería destruido y que lo levantaría en tres días, pero, para eso, harían falta miles de alarifes, ¿no?
- Tú sabrás, Judas.
- Sí, lo sé, ya te lo he dicho: ¡palabras, sólo palabras! ¿Cómo se puede liberar un pueblo y reconstruir el Templo sólo con palabras, Meser? ¿Sabes tú desentrañar el enigma de ese secreto?

Judas pasaba de la soberbia a la rabia con la misma facilidad con la que el lobo degüella una oveja tras otra, y Meser estaba contento con la creciente insolencia de Judas que tanto favorecía a sus planes.

- Lo único que yo sé, Judas, es que tu Maestro es un impostor y un blasfemo, que se hace llamar Hijo de Dios y esas palabras, además de atentar contra Jehová, es un escándalo que no se puede consentir. Como tú, todos esperamos al Mesías, pero la impostura de Jesús es imperdonable y nos puede acarrear graves problemas.

Tratando de aquietarse, Judas se sintió fuertemente atraído por el áspero verdor de las hojas de la higuera, en cuyas ramas perdió su mirada sin ver. Al cabo, volvió a la realidad recordando las últimas palabras de Meser.

- ¿Graves problemas, dices?
- Sí, Judas, sí, graves problemas. ¿No lo has pensado? Por una parte, el Sanedrín no puede consentir que un falso profeta blasfeme llamándose a sí mismo Hijo de Dios, Mesías, poniendo en entredicho la palabra sagrada del Talmud. Por otra, si no se apresura a Jesús y se da término a su palabrería, pronto surgirán alborotos entre sus seguidores y detractores y Pilato mandará acallarlos con la firmeza y contundencia que ya conocemos, lo que creará disensiones con el Sanedrín, cuyas consecuencias nadie desea y son imprevisibles.
- ¿Debo deducir de tus palabras, Meser, que es necesario librarse de Jesús? – preguntó sobresaltado Judas.
- Sí – respondió secamente.

Judas lo miró atónito al verlo tan seguro y convencido, decidido a hacer desaparecer a Jesús al coste que fuera, y empezó a preguntarse cómo un concilio de sacerdotes de la Ley podían llegar a acusar de blasfemo y reo de muerte a quien proclamaba su palabra en público, donde todos lo oían y se admiraban de su sabiduría. Meser vio pasar la duda por la mente de Judas y, como si estuviera dentro de él, le respondió taimado:

- Ante los tumultos que se pueden crear y sus graves consecuencias, yo te pregunto, Judas: ¿no es mejor que muera un solo hombre por todos los que podrían perecer?

Era astuto Meser y sabía cómo atraerse a su cubil a un hombre sencillo, humilde y, a la vez, decepcionado por su entrega a Jesús, de cuyo ejército libertador esperaba formar parte.

Judas escudriñó a Meser sin poder disimular su asombro cuando supo por su boca lo que tramaba el Sanedrín. Meser guardó silencio, esperando a que Judas asimilara su mensaje. Al cabo, habló Judas:

- Sin estar del todo convencido, te supongo razón en lo que dices: uno a cambio de una multitud, pero, dime, ¿cómo tienes previsto liquidar este asunto, Meser, porque seguro que todo lo tendrás pensado y estudiado? – apuntó rendido.

Judas no esperó respuesta. A su mente acudieron unas palabras de Jesús

- Algo de eso hablaba Jesús. Mientras íbamos subiendo a Jerusalén – recordó Judas.
- ¿Qué os manifestó? – preguntó muy interesado Meser.
- Nos tomó aparte a los doce y nos dijo:

“Mirad, estamos subiendo a Jerusalén y el Hijo del hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, y lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; y al tercer día, resucitará.”

Judas quedó en silencio. Su mente estaba confusa. Jesús sabía lo que le iba a ocurrir y, sin embargo, quiso celebrar la Pascua en Jerusalén.

- ¡No entiendo a Jesús! – dijo Judas en un susurro, lleno de rabia por su falta de agudeza.
- ¿Por qué? – se regocijaba Meser.
- Acude a Jerusalén como un cordero al degolladero, sabiendo lo que le va a suceder. ¿Acaso alguno de los tuyos se lo habrá dicho? – preguntó dubitativo a Meser.
- ¡Es imposible, Judas! Los que lo sabemos, nos hemos juramentado y no hay traidores entre nosotros – rechazó Meser.
- Entonces... ¿quién se lo ha dicho? – volvió a dudar Judas.
- ¿No dices que es el Mesías? Pues, lo habrá adivinado, es fácil – chanceó Meser.

- ¡Eso es, tú lo has dicho! No lo ha sabido por boca de hombre, sino...

Judas vaciló y Meser empezaba a dudar que su incipiente lealtad se afianzara. Entonces, desvió la plática para atraerlo de nuevo a su interés.

- ¿Sabes, Judas, dónde comerá la Pascua Jesús de Nazaret?

Judas, desconfiado, aceptó el cambio.

- A Pedro y a Juan les dijo que fueran por delante y que encontrarían a un hombre con un cántaro de agua; que lo siguieran hasta su casa y que allí le preguntaran por el aposento que había dispuesto para el Maestro y sus discípulos y que les mostraría un cenáculo aderezado. Ellos, Pedro y Juan, lo saben, lo mismo que Jesús, pero yo aún no lo sé.
- Bueno, no importa. Lo principal es saber si tú te avienes a señalarnos quién es Jesús para que los guardias lo prendan. Tú no tendrás que hacer nada más.
- ¿Para que le hagáis lo que nos dijo camino de la ciudad? ¡No, no estoy dispuesto!
- Pero, no seas imbécil, Judas. Por lo que me has dicho, Jesús ya sabe lo que le va a ocurrir, tú lo has oído de su boca, y tú no serás más que una mera paleta en la rueda de la noria, pero la rueda seguirá girando con esa falta y la noria funcionando, ¿no te das cuenta? – intentó persuadir a Judas.
- No, no entrego a un hombre bueno e inocente para que vosotros permanezcáis tranquilos sin que nada perturbe vuestro gobierno con la Ley de Moisés en las manos. Jesús no es el rey que yo esperaba, es cierto que me ha decepcionado, pero tampoco es mi enemigo, sino un embaucador y hay muchos tramposos en Jerusalén.
- Sí, tramposos, embaucadores, cuentistas... pero ninguno se hace llamar Mesías, ninguno blasfema y no es reo del Sanedrín – observó Meser.

Judas volvió a sentirse confuso, vacilante. Meser sabía el apego al dinero que sentía Judas y decidió introducir un nuevo elemento en el negocio que tramaba.

- ¿Y si sacaras un buen dinero sólo por indicarnos quién es? – lanzó el anzuelo Meser.

Judas lo miró confortado por la posibilidad de obtener un beneficio fácil.

- Las cosas podrían cambiar, pero, ¿de cuánto hablas? – picó.
- Veo que ahora sí te interesa el negocio, pero no puedo adelantarte cantidad alguna. Como te he dicho, estoy aquí en nombre propio, pero una vez que te pongas de nuestra parte y me convenzas de que no debo tener dudas sobre tu fidelidad, hablaré con los sacerdotes y fijaremos una suma.
- Y el lugar, no lo olvides – apostilló decidido Judas.
- También el lugar y la hora, Judas – concluyó Meser.

Judas se mesó la barba con deleite y sus labios dibujaron una sonrisa de satisfacción. Su mirada se iluminó con el fulgor de la codicia y la clavó en Meser, a quien confesó:

- Hace tiempo que deseo comprarme un campo y la oportunidad me la brindas tú, Meser. No receles de mí y cuenta con mi fidelidad.

Meser se frotaba las manos de gusto. El negocio se estaba resolviendo a su contento y resultó ser más fácil de lo que vislumbró en un principio. Le dijo Judas:

- Creo que lo adecuado sería indicarnos quién es Jesús después de comer la Pascua. Tiene por costumbre orar siempre al anochecer y el lugar que elegirá aquí, en Jerusalén, será el huerto de Getsemaní, el de los olivos. Es un sitio tranquilo y propicio.
- Entonces, Judas, despedámonos ya que pronto será la anochecida y no debemos andar por las calles.
- Pero, nos veremos antes del día de la Pascua, ¿no? Me tienes que decir por qué cantidad voy a entregar a Jesús de Nazaret.
- La cifra quedará fijada por lo que acordaremos los miembros del Sanedrín en asamblea y será la que yo te entregue cuando vengas a verme después de comer la Pascua. Las monedas que se te estimen

no serán objeto de regateo ni podrían ser rechazadas: tienen una única finalidad.

- Pero, te advierto que tendrá que ser una cantidad suficiente para que justifique lo que voy a hacer.
- Eso lo aprobarás a su debido tiempo. El Sanedrín es generoso.
- La vida de un hombre no tiene precio, nos dijo un día Jesús, y tú y los de tu gremio ya se lo estáis poniendo...
- Y tú, aceptando, no lo olvides, Judas.
- Y tú, Meser, tampoco olvides que, cuando actúa un sicario en nombre de quien no quiere mancharse las manos de sangre, el que paga peca y se mancha lo mismo que si hubiera cometido el crimen.

Los dos hombres abandonaron el huerto y se introdujeron en la cantina. Dirigiéndose al tabernero, Meser abrió la palma de su mano y le mostró una cierta cantidad de monedas. Tomó tres de ellas y se las ofreció como pago por sus servicios, provocando la codicia del cantinero que se le iban los ojos detrás de las otras que lucía en la mano. Meser había conseguido su propósito y, antes de abandonar el local, le advirtió:

- No reveles nunca a nadie que hemos estado en tu establecimiento. Tu discreción te la premiaré con generosidad – y le entregó el resto de las monedas, causando en Carmiel un estertor de entusiasmo -, pero, si ocurriera lo contrario, lo pagarías muy caro. Yo nunca he estado aquí ni me conoces, ¿de acuerdo? – exigió Meser.

No te preocupes, que yo sé guardar las espaldas de Judas y de todo lo que con él se relaciona. Vete tranquilo, forastero, que nunca te he visto.

Judas, viendo la largueza con la que Meser retribuía al tabernero, pensó en la suma que le esperaba a él y, ensimismado en su ambición, se dijo con voz queda:

- ¿Por qué me habrá elegido a mí, si sabe lo que va a ocurrir?

A pesar de la voz susurrante, Meser lo oyó y le dijo:

- Eso prueba que es un impostor, ¿qué más quieres?

Estaban cenando y ya el diablo se había metido en el corazón de Judas. Jesús, sabiendo que el Padre lo había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, dice con amargura:

“Uno de vosotros que come conmigo, me ha de entregar”

La tristeza cundió entre todos y se interrogaban para sus adentros quién sería, incluyéndose a sí mismos, hasta que, Jesús, tras ser interrogado por Juan, recostado sobre su hombro, respondió:

“Es uno de vosotros y que moja conmigo en el plato. Aquél a quien yo dé pan mojado”

Entonces, Jesús se dirige a Judas y le dice:

“Lo que has de hacer, hazlo presto”

Ninguno de los once entendió las palabras de Jesús, pero Judas sí se dio por aludido y las sintió dentro de sí como una orden y no como un ruego de que no demorara por más tiempo la hora del sacrificio.

Acabada la cena, Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió y le dio de comer a los doce, diciendo:

“Tomad y comed porque esto es mi cuerpo”

Después, tomó el tazón con vino y, hechas las gracias, se lo dio a beber, diciendo:

“Tomad y bebed todos de él porque es mi sangre, sangre del nuevo pacto, que será derramada por muchos”

Una vez que los doce habían comido y bebido el cuerpo y la sangre de Cristo, todos volvieron sus miradas hacia Jesús, porque en su rostro se habían dado cita todas las penas del mundo y Él tenía que consolarlas.

“Haced esto en memoria mía” – concluyó.

Un solo hombre acababa de cargar sobre sus hombros el lastre de todos los pecados de la humanidad de todos los tiempos y los llevaría a sus espaldas hasta entregarlos al Padre en el último suspiro, cambiando su sangre y su muerte por la libertad y la salvación de las almas.

Después de cenar, Jesús y once de los suyos se fueron a orar a Getsemaní. El que faltaba era uno de los doce que no entendió el mensaje y, “haciendo lo que tenía que hacer”, había abandonado el aposento y se fue hacia el Sanedrín. Allí lo esperaba Meser. Titubeante y tembloroso, con el miedo de que alguien lo pudiera reconocer, Judas llamó a la puerta con la señal convenida. Meser abrió al segundo golpe. No estaba solo. Había dos sacerdotes más con él, pero ninguno se dio a conocer. Sin preámbulos, Meser le dijo:

- Aquí tienes lo que se ha estipulado.

Haciendo una señal a uno de los dos sacerdotes, éste extrajo del interior de su vestimenta una pesada talega de algodón. Judas la tomó al punto y la hizo sonar cerca de su oreja.

- ¿Qué hay dentro? – preguntó impaciente.

- Ya te lo he dicho – respondió Meser distante - : lo que hemos creído adecuado.

Viendo el gesto de interrogación que dibujó Judas frunciendo el ceño, el segundo sacerdote, aclaró:

- Una cantidad más que excesiva para un renegado.

Judas se sintió ofendido y echó mano al temible cuchillo que llevaba ceñido, dispuesto a lavar el agravio, pero una poderosa mano le tomó el brazo y le impidió desnudar el arma. Era la mano de Meser, cuya voz sonó fuerte y reprobatoria:

- ¿Qué pretendes, Judas? ¿No sólo cometes traición contra tu Maestro sino que, además, intentas perpetrar un doble crimen? Atentar contra un inviolable varón estando en lugar sagrado.

Los ojos de Judas proyectaban ira. Con un ademán, se deshizo del brazo que lo atenazaba y, desdeñoso, preguntó:

- ¿Cuánto hay en la talega? – se dirigió al segundo asambleísta - ¡Y no me vengas con la estupidez de que es lo adecuado! – bramó con furia.
- Treinta *siclos* de plata – aclaró.
- Y, ¿treinta *siclos* de plata es lo que vale la vida de un hombre? – ironizó Judas -. ¡Barato compráis la vida humana! – añadió con sarcasmo.
- ¡Basta de charla! – intervino Meser, incomodo -. Dinos dónde y a qué hora prenderán los guardias a tu Maestro.
- Ya te lo dije, Meser – protestó Judas.
- Sí, pero quiero que lo oigan de tu propia voz mis amigos.
- En Getsemaní, en cuanto queráis. El Maestro se fue con los otros once a orar.
- Y, ¿cómo sabremos que nos entregas a tu Maestro y no a cualquiera de los otros? – inquirió Meser.

- El Maestro nos acostumbró a besarnos cuando nos encontramos, no importa que sea poco el tiempo de la ausencia. Por lo tanto, al que yo bese, ése será.

Dirigiéndose a sus dos compañeros, Meser ordenó:

- Id y decid a los príncipes de los sacerdotes que todo está dispuesto y que ordenen a los guardias que vayan con Judas: él los guiará.

Anás había sido sumo sacerdote del Sanedrín hasta el año 32 y el anterior procurador, Valerio Grato, le quitó el cargo en beneficio de Caifás. Sin embargo, aún después de su destitución, Anás siguió siendo considerado como sumo sacerdote junto con Caifás y, alternándose anualmente, podía actuar como presidente del Sanedrín.

Siendo prendido por los guardias, Jesús es atado y llevado primeramente ante Anás, suegro de Caifás, el sumo sacerdote actual del Sanedrín. De Caifás había partido el exhorto a los judíos de que era necesario que un hombre muriese por todo el pueblo.

Anás, delante de algunos sacerdotes, preguntó a Jesús por su doctrina. Judas estaba en el atrio, oculto detrás de una columna, y veía y oía todo lo que allí aconteciera.

- “¿Por qué me preguntas a mi? Yo siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se juntan todos los judíos, y nada he hablado en oculto. Pregunta a los que me han oído: ellos saben lo que les he dicho”

Uno de los criados, queriendo halagar a Anás, le dio una bofetada a Jesús reprendiéndole su forma de dirigirse al pontífice, a lo que Jesús le respondió:

- “Si he hablado mal, da testimonio del mal; y si bien, ¿por qué me hieres?”

Judas se enfurecía cada vez más viendo que Jesús no hacía nada por defenderse de la forma en que él creía que debía hacerlo. Era evidente que Judas no entendía que la verdad era su defensa.

Toda la noche transcurrió con un interrogatorio fraudulento, llevando a Jesús de Anás a Caifás, que había reunido en pleno al Sanedrín bajo su presidencia como sumo pontífice, pretendiendo encontrar un atisbo de culpabilidad que hiciera de Jesús reo de muerte por blasfemo.

A la mañana siguiente, los sacerdotes llevaron a Jesús al pretorio, pero sin entrar en el recinto, por ser lugar pagano donde se contaminarían. Judas,

aunque ya había comido la Pascua y no temía contaminarse, se quedó en el atrio, como los sacerdotes, pero no se hizo ver.

Salió Pilato y les preguntó la razón de llevarle a Jesús. Al serle respondido que por llamarse a sí mismo Rey de los Judíos, el prefecto hizo un extraño ademán de sorpresa, pues ya tenía Judea un rey, Herodes.

- ¿Eres tú el Rey de los Judíos?

Jesús respondió:

- “Mi reino no es de este mundo. Si lo fuera, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos”
- Luego, tú dices que eres rey - apostilló Pilato.
- “Para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la Verdad”
- “¿La verdad? ¿Qué es la verdad?” – respondió displicente Pilato, entregándoselo a los judíos y diciéndoles:
- “No hallo culpa en este hombre”

Viendo Pilato que no quedaban conformes los judíos, para contentarlos, mandó que azotaran a Jesús. Los soldados entretejieron una corona de espinas y, mofándose de Él, se la colocaron sobre su cabeza y lo vistieron con ropa grana, diciéndole:

- “Salve, rey de los judíos”

Judas veía que Jesús no hacía el menor intento de defenderse y usaba palabras que no entendía. Se dejó abofetear, herir, humillar, escarnecer, sin oponer la más mínima resistencia.

- ¿Cómo es posible creer en que Jesús ha venido a liberar al mundo de la muerte y darle libertad si se muestra tan pasivo?

Como los judíos no se daban por satisfechos a pesar del castigo infligido, sino que se enfurecían más y más porque estaban instigados por los sacerdotes y se habían convencido de que era necesario matarlo, obedeciendo las órdenes de Anás y Caifás, gritaron a Pilato:

- “¡Crucifícalo, crucifícalo!”

A pesar de que las palabras muerte y crucifixión eran habituales en el lenguaje de un romano con mando, al oír las exigencias del populacho enfurecido, Pilato sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo y que perdía su habitual serenidad. Por su mente sudorosa pasó la imagen de su juramento a Tiberio de hacer y mantener la paz en su provincia a toda costa. Era soldado y estaba sujeto a disciplina y su obligación era evitar tumultos que fueran en perjuicio de la convivencia. Pese a que su esposa Prócula le había advertido que había tenido un sueño la víspera que auguraba un mal presagio si derramaba sangre de un inocente, Pilato tenía que ejercer su autoridad y cedió a la cobardía antes que hacer justicia.

Judas se estremeció al oír la sentencia y ver que Pilato se desentendía lavándose las manos en público.

Al ver a Jesús que cargaba con la cruz, se vio a sí mismo montado sobre el madero. No, no era eso lo que quería. Hasta ese momento, Judas no se dio cuenta del alcance de su traición. A Judas le bastaba un escarmiento que compensara la confianza que había puesto en Jesús. Recordó las palabras del Maestro:

“Más le valiera al que me entregara no haber nacido”

Judas comprendió, tarde, que su traición había llevado a Jesús a una sentencia de muerte, sabiendo que no había hecho mal a nadie, que era inocente, un hombre justo y justificado.

Quiso remediar la traición. Con la mente perdida y los andares indecisos, se presentó en el Sanedrín. Llamó con fuerza a la puerta. Le abrió uno de los sacerdotes, el que le había dado la talega con los dineros. Preguntó por Meser y le dijo que no estaba.

Con el odio proyectado en su rostro y los ojos inyectados en sangre, Judas le gritó:

- ¡No es eso lo que yo quería, traidores! ¡Vosotros lo habéis matado!

Y abriendo la talega, le arrojó las treinta monedas.

El sacerdote las miró imperturbable cómo rodaban por el suelo y le dijo:

- Esas monedas no pueden volver a las arcas del Sanedrín: están manchadas de sangre.

Haciendo caso omiso, Judas se deshizo de la talega y se marchó del lugar con rumbo errático. En aquel momento, la tierra tembló y los sepulcros se abrieron saliendo los muertos de sus tumbas, al tiempo que los cielos se oscurecieron y todo se llenó de tinieblas. Las nubes descargaron una feroz tormenta que convirtió las calles en ríos y provocó el desbordamiento de los arroyos, mientras los truenos ensordecían a la gente y los rayos iluminaban las tinieblas. Los pájaros, el ganado y todos los animales huyeron despavoridos. Los vientos se adueñaron de todo lo que pudieran llevarse, rasgando en dos el velo del Templo. Judas huía de lo que ya no tenía remedio.

Era la hora nona.

Cristo acababa de expirar.

Y siendo la hora nona y antes de expirar, exclamó Jesús:

“¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!”

Pero Judas no pudo escuchar sus palabras, como tampoco escuchó ni comprendió su mensaje cuando Jesús predicaba el Evangelio.

Judas huía sin saber a dónde, aunque sí por qué. Huía de sí mismo porque se encontró sórdido, miserable, indigno por haber participado en una traición que había llevado al martirio de la cruz al único ser bueno y justo en quien podía confiar. Atormentado por la magnitud de su delación y mortificado por el remordimiento, huía desesperado, tratando de encontrar a alguien que se prestara a escuchar su arrepentimiento, que le pudiera ayudar a descargar la pesada carga que llevaba, pero la búsqueda era inútil, y no sólo porque toda la gente, atemorizada, se había refugiado en sus casas, sino porque la única persona que podría escuchar su pena, comprenderlo y llegar a perdonarlo, él lo había vendido por unas monedas.

El sacerdote que rechazó la devolución de las monedas, seguía a Judas en su huída para obligarlo a quedarse con la paga de su fechoría, pero el renegado corría más, a pesar de la lluvia, el viento y la oscuridad, que más que obstáculos, parecían tenebrosos jinetes alados que prestaban servicio a la iniquidad.

En su deambular incierto, llegó Judas a un campo hondo con cercado de riscos y situado al borde de un camino del que se destacaba una vetusta y colosal higuera. Sin dudarle y empujado por una irresistible fuerza que se había aliado con el mal, se subió al cercado, se quitó el ceñidor de su vestido y ató uno de sus extremos a una rama. El otro extremo se lo anudó al cuello y se dejó caer al vacío.

No muy lejos se encontraba ya el sacerdote que, de haber llegado unos instantes antes si hubiera podido correr más aprisa, habría llegado hasta Judas y evitar su ahorcamiento. Lo vio bambolearse en el aire, sacudiendo las piernas y brazos y, cuando llegó a su altura, la rama se rompió por efecto del peso y del viento y el cuerpo de Judas se desplomó, yendo a caer de cabeza sobre una roca, donde se estrelló y reventó su vientre, y sus entrañas quedaron desparramadas. El sacerdote se asomó por el

pretil y sólo pudo comprobar el cuerpo destrozado y el campo encharcado de sangre.

Sobrecogido, el sacerdote regresó al Sanedrín llevando en sus manos la talega con las treinta monedas.

Al llegar, coincidió con Meser que acababa de regresar de presenciar la crucifixión de Jesús. Estaba demudado, sudoroso, con la mirada perdida. Sus andares eran dudosos, vacilantes, y tenía el rostro constreñido, con las mandíbulas encajadas. El sacerdote lo saludó, pero no obtuvo respuesta: Meser no oía.

Tomó el sacerdote del brazo a Meser y lo ayudó a penetrar en el atrio de la asamblea.

- ¿Qué te ocurre, Meser? – le preguntó alarmado.

Meser lo miró sin ver, y la pregunta fue formulada de nuevo:

- ¡Meser, Meser! ¿Qué te pasa? ¿Puedo ayudarte?

Al fin Meser reaccionó:

- ¡Nadie puede ayudarme! – fue la respuesta.
- ¿Por qué? ¿Qué te sucede? – inquirió de nuevo el sacerdote.
- ¡Hemos matado al Hijo de Dios! – concluyó entre sollozos.

* * * * *

Cuando Caifás fue informado de lo que había hecho Judas y vio la talega con las monedas, exclamó:

- ¡Esos *síclo*s no pueden volver al Sanedrín!
- Y, ¿qué haremos con el dinero? – preguntó el sacerdote que presenció el ahorcamiento.
- Tengo entendido que Judas había expresado su deseo de comprar un campo, ¿no es así, Meser?

- Sí, Caifás.
- Pues, entonces, ordeno que ese dinero se destine a comprar el campo donde se ha ahorcado, que su cuerpo sea enterrado en el mismo lugar donde cayó y que el cercado sea destinado como lugar de enterramiento para los impuros.

Un escriba iba tomando nota de lo dispuesto. Caifás concluyó:

- Igualmente, ordeno que ese campo se llame *Acéldama* ^(*)

F I N

Iniciada la escritura el 29 de octubre de 2010 y finalizada el 30 de marzo de 2011

^(*) *Campo de Sangre*

Cuando me propuse escribir un relato novelado sobre Judas, ya sabía que me iba a enfrentar a dos grandes inconvenientes. Por una parte, el nombre de Judas es antipático, molesta, es incómodo, causa rechazo. Por otra, la escasa documentación que existe sobre su existencia, a pesar de ser un personaje cuya intervención en la vida de Jesús fue determinante. Sólo los cuatro evangelios canónicos recogen la traición y el suicidio de Judas, aunque sin ponerse de acuerdo en cuanto al acto central de su muerte, que se contradice con lo narrado en los Hechos. No obstante, me he tomado la licencia de conciliar las distintas versiones en una sola sin desdeñar a ninguna. La historia de Judas no deja de sorprendernos a muchos de los que estamos dentro de la promesa de salvación. Todos entendemos lo maravilloso que significa ser salvados de una condenación eterna. Sin embargo, podemos ver que Jesús, no solamente le ofreció a Judas una vida mejor, sino el privilegio de ser parte del grupo de los apóstoles para predicar la salvación a los que como él estaban perdidos.

Judas Iscariote nunca se convirtió. Nunca aceptó el regalo de la vida. Los ideales de Jesús no eran compatibles con los suyos propios. Jesús ofreció un reino que no pertenece a este mundo.

Judas traicionó a Jesús porque se decepcionó: un Dios que no se defiende de sus adversarios, ¿qué clase de Dios es? Judas nunca comprendió que su defensa era decir la verdad y proclamar la Verdad.

Judas hizo uso de su libre albedrío y cayó en la traición movido por la codicia que alentó su descreimiento, pero, tal vez, y sólo Dios lo sabe, en el último soplo de vida, la Verdad le fuera revelada y entonces reparó en el mal que había hecho, y cabe la posibilidad de se arrepintiera en el último momento y pidiera perdón a Dios, con lo cual salvó su alma, pero también debemos pensar que Jesús eligió a Judas como ejemplo de la maldad humana en contraposición al amor que Él predicaba y que la traición de Judas sea la imagen de tantos que hoy hacemos un seguimiento mediocre de Jesús hasta el punto de que muchos aún dudan.

Este libro fue distribuido por cortesía de:



Para obtener tu propio acceso a lecturas y libros electrónicos ilimitados GRATIS hoy mismo, visita:

<http://espanol.Free-eBooks.net>

Comparte este libro con todos y cada uno de tus amigos de forma automática, mediante la selección de cualquiera de las opciones de abajo:



Para mostrar tu agradecimiento al autor y ayudar a otros para tener agradables experiencias de lectura y encontrar información valiosa, estaremos muy agradecidos si

["publicas un comentario para este libro aquí"](#)



INFORMACIÓN DE LOS DERECHOS DEL AUTOR

Free-eBooks.net respeta la propiedad intelectual de otros. Cuando los propietarios de los derechos de un libro envían su trabajo a Free-eBooks.net, nos están dando permiso para distribuir dicho material. A menos que se indique lo contrario en este libro, este permiso no se transmite a los demás. Por lo tanto, la redistribución de este libro sin el permiso del propietario de los derechos, puede constituir una infracción a las leyes de propiedad intelectual. Si usted cree que su trabajo se ha utilizado de una manera que constituya una violación a los derechos de autor, por favor, siga nuestras Recomendaciones y Procedimiento de Reclamos de Violación a Derechos de Autor como se ve en nuestras Condiciones de Servicio aquí:

<http://espanol.free-ebooks.net/tos.html>